

UNA VENDETTA¹

1883

GUY DE MAUPASSANT

(francés)



La viuda de Pablo Saverini vivía sola con su hijo en una pobre casita junto a las murallas de Bonifacio. La ciudad, construida en un saliente de la montaña, colgada incluso en algunos puntos sobre la mar, mira, por encima del estrecho erizado de escollos, hacia la costa más baja de Cerdeña. A sus pies, por el otro lado, contorneándola casi por entero, un corte del acantilado, que parece un gigantesco corredor, le sirve de puerto, lleva hasta las primeras casas, tras un largo circuito entre dos abruptas murallas, los barquitos de pesca italianos o sardos y, cada quince días, el viejo vapor asmático que hace el servicio de Ajaccio.

Sobre la blanca montaña, el montón de casas pone una mancha aún más blanca. Semejan nidos de pájaros salvajes, así colgadas del peñasco, dominando ese pasaje terrible por el que no se aventuran los navíos. El viento sin tregua azota el mar, azota la costa desnuda, socavada por él, apenas revestida de hierba; se precipita en el estrecho, cuyas dos orillas devasta. Las estelas de pálida espuma, enganchadas en las puntas negras de las innumerables rocas que hienden por doquier las olas, semejan jirones de tela flotantes y palpitantes en la superficie del agua.

La casa de la viuda Saverini, soldada al mismo borde del acantilado, abría sus tres ventanas a este horizonte salvaje y desolado.

Vivía allí, sola, con su hijo Antonio y su perra Pizpireta, un gran animal flaco, de pelaje largo y áspero, de la raza de los guardianes de rebaños. Le servía al joven para cazar.

Una noche, tras una disputa, Antonio Saverini fue matado a traición, de un navajazo, por Nicolás Ravolati, quien esa misma noche escapó a Cerdeña.

Cuando la anciana madre recibió el cuerpo de su hijo, que le llevaron unos transeúntes, no lloró, pero permaneció largo rato inmóvil, mirándolo; después, extendiendo su mano arrugada sobre el cadáver, le prometió una

1 Tomado de De Maupassant (2012).

vendetta. No quiso que nadie se quedase con ella, y se encerró junto al cuerpo con la perra, que aullaba. El animal aullaba de manera continua, a los pies de la cama, con la cabeza tendida hacia su amo, y el rabo apretado entre las patas. No se movía, como tampoco la madre que, inclinada ahora sobre el cuerpo, mirándolo de hito en hito, lloraba con gruesas lágrimas mudas mientras lo contemplaba.

El joven, de espaldas, vestido con su chaqueta de paño grueso agujereada y desgarrada en el pecho, parecía dormir, pero tenía sangre por todas partes: en la camisa arrancada para los primeros auxilios; en el chaleco, en los calzones, en la cara, en las manos. Coágulos de sangre se habían cuajado en la barba y el pelo.

La anciana madre empezó a hablarle. Al rumor de aquella voz, la perra se calló.

—Anda, anda, serás vengado, pequeño mío, hijo mío, mi pobre niño. Duerme, duerme, serás vengado, ¿me oyes? ¡Tu madre te lo promete! Y cumple siempre su palabra, tu madre, lo sabes muy bien.

Y lentamente se inclinó sobre él, pegando sus labios fríos a los labios muertos.

Entonces Pizpireta reanudó sus gemidos. Lanzaba una larga queja monótona, desgarradora, horrible.

Así estuvieron, los dos, la mujer y el animal, hasta la mañana.

Antonio Saverini fue enterrado al día siguiente y ya nadie habló de él en Bonifacio.

No había dejado hermanos ni primos carnales. No había ningún hombre para llevar a cabo la *vendetta*. Solo su madre pensaba en ella, pobre vieja.

Al otro lado del estrecho, veía de la mañana a la noche un punto blanco en la costa. Era una aldehuella sarda, Longosardo, donde se refugian los bandidos corsos acosados muy de cerca. Pueblan casi solos ese villorrio frente a las costas de su patria y esperan allá el momento de regresar, de volver para echarse al monte. En aquel pueblo, ella lo sabía, se había refugiado Nicolás Ravolati.

Completamente sola, a lo largo de todo el día, sentada a su ventana, miraba hacia allá abajo pensando en la venganza. ¿Cómo se las arreglaría ella, sin nadie, achacosa, tan cerca de la muerte? Pero lo había prometido, lo había jurado sobre el cadáver. No podía olvidar, no podía esperar. ¿Qué haría? Ya no dormía de noche, ya no tenía reposo ni sosiego, buscaba, obstinada. La perra a sus pies dormitaba y a veces, alzando la cabeza aullaba hacia la lejanía. Desde que su amo no estaba ya, a menudo aullaba así, como si le llamase, como si su alma de animal, inconsolable, hubiera también guardado ese recuerdo que nada borra.

Ahora bien, una noche, cuando Pizpireta reanudaba sus gemidos, la madre, de repente, tuvo una idea, una idea de salvaje vengativo y feroz. La

meditó hasta el alba; después, levantándose al rayar el día, se dirigió a la iglesia. Rezó, prosternada en el pavimento, abatida ante Dios, suplicándole que la ayudase, que la sostuviese, que diera a su pobre cuerpo gastado la fuerza que necesitaba para vengar a su hijo.

Después volvió a su casa. Tenía en el patio un viejo barril desfondado, que recogía el agua del canalón; le dio la vuelta, lo vació, lo sujetó al suelo con estacas y piedras; después encadenó a Pizpireta a aquella perrera y entró en la casa.

Caminaba ahora, sin descanso, por su habitación, los ojos siempre clavados en la costa de Cerdeña. Allá abajo estaba el asesino.

La perra aulló todo el día y toda la noche. La vieja, por la mañana, le llevó agua en un cuenco; pero nada más: ni comida ni pan.

Transcurrió un día entero. Pizpireta, extenuada, dormía. Al día siguiente, tenía los ojos brillantes, el pelaje erizado y tiraba locamente de la cadena.

La vieja tampoco le dio nada de comer. El animal, enfurecido, ladraba con voz ronca. Pasó una noche más.

Entonces, ya amanecido, la señora Saverini fue a casa de su vecino a pedirle que le diera dos haces de paja. Cogió unas viejas ropas que había llevado en tiempos su marido y las relleno de forraje para simular un cuerpo humano.

Habiendo clavado un palo en el suelo, delante de la perrera de Pizpireta, ató a él aquel maniquí, que así parecía estar de pie. Después representó la cabeza por medio de un paquete de ropa vieja.

La perra, sorprendida, miraba aquel hombre de paja y callaba, aunque devorada por el hambre.

Entonces la anciana fue a comprar en la salchichería un largo pedazo de morcilla. Al volver a casa, encendió un fuego de leña en el patio, cerca de la perrera, y asó la morcilla. Pizpireta, enloquecida, daba saltos, echaba espuma, con los ojos clavados en la parrilla, cuyo aroma penetraba en su vientre.

Después la vieja hizo con aquella papilla humeante una corbata para el hombre de paja. La ató un buen rato con bramante en torno al cuello, como para metérsela dentro. Cuando acabó, soltó a la perra.

De un formidable salto el animal alcanzó la garganta del maniquí y, con las patas sobre sus hombros, empezó a desgarrarla. Se dejaba caer, con un trozo de su presa en el hocico, y luego se lanzaba de nuevo, hundía los colmillos en las cuerdas, arrancaba algunas porciones de comida, volvía a dejarse caer, y saltaba de nuevo, encarnizada. Deshacía el rostro a grandes dentelladas, hacía jirones el cuello entero.

La anciana, inmóvil y muda, la miraba con ojos encendidos. Después volvió a encadenar al animal, lo tuvo en ayunas dos días, y recommenzó aquel extraño ejercicio.

Durante tres meses, la acostumbró a esta especie de lucha, a esta comida conquistada con los colmillos. Ahora ya no la encadenaba, limitándose a lanzarla con un ademán sobre el maniquí.

Le había enseñado a desgarrarlo, a devorarlo, incluso sin que en su garganta se ocultara el menor alimento. A continuación le daba, como recompensa, la morcilla asada por ella.

En cuanto veía al hombre, Pizpireta se estremecía, después volvía los ojos a su ama, que le gritaba: «¡Hale!» con voz silbante, alzando un dedo.

Cuando juzgó llegado el momento, la señora Saverini fue a confesarse y comulgó una mañana de domingo, con un fervor extático; después, vistiéndose con ropas de hombre, como un pobre viejo andrajoso, trató con un pescador sardo, que la condujo, acompañada por su perra, al otro lado del estrecho.

Llevaba, en una bolsa de tela, un gran trozo de morcilla. Pizpireta estaba en ayunas desde hacía dos días. La anciana le dejaba olfatear a cada momento el oloroso alimento, y la excitaba.

Entraron en Longosardo. La corsa marchaba cojeando. Se presentó en una panadería y preguntó por la casa de Nicolás Ravolti. Este había reanudado su antiguo oficio, carpintero. Trabajaba solo al fondo de su taller.

La vieja empujó la puerta y lo llamó:

—¡Eh! ¡Nicolás!

Él se volvió; entonces, soltando a la perra, ella gritó:

—Hale, hale, ¡come, come!

El animal, enloquecido, se abalanzó sobre él, se le enganchó a la garganta. El hombre extendió los brazos, lo estrechó, rodó por el suelo. Durante unos segundos se retorció, golpeando el suelo con los pies; después se quedó inmóvil, mientras Pizpireta hurgaba en su cuello, que arrancaba a jirones.

Dos vecinos, sentados ante sus puertas, recordaron perfectamente haber visto salir a un anciano pobre con un perro negro y flaco que comía, mientras caminaba, una cosa marrón que le daba su amo.

La anciana había vuelto a su casa por la tarde. Y esa noche, durmió bien.



UNA VENDETTA

A partir de la lectura del cuento de Guy de Maupassant, responde:

1. Cometer un asesinato no tiene una consecuencia positiva en las personas; sin embargo, ¿por qué crees que el cuento termina con esta expresión?: “Y esa noche durmió bien”. ¿Qué sensación te causó este final?

2. Busca en tus imágenes mentales el hecho que más te ha impresionado de la lectura “Una *vendetta*” y dibújalo.
